

LOS MANUSCRITOS AUTÓGRAFOS DE SANTA TERESA Y SU AVENTURA DE CUATRO SIGLOS

TOMÁS ÁLVAREZ FERNÁNDEZ
Académico numerario de la Real Academia
Burgense de Historia y Bellas Artes

RESUMEN: *Son numerosos los manuscritos autógrafos de santa Teresas existentes en la actualidad. Unas mil páginas de sus obras mayores se conservan actualmente en El Escorial, custodiadas en la regia biblioteca desde 1592 a petición de Felipe II. Al menos otras mil se hallan diseminadas por Europa y América, tras una azarosa travesía de más de cuatro siglos. Gran parte de las que integran sus obras mayores han sido reproducidas en ediciones facsímiles, publicadas sobre todo en Burgos.*

PALABRAS CLAVE: Teresa de Jesús, manuscritos, autógrafos, El Escorial, difusión, aventuras, Archivo Secreto Vaticano, ediciones.

ABSTRACT: *A large number of St Teresa's autograph manuscripts still exist today. Some thousand autograph pages of her major works are kept in the monastery of El Escorial, carefully conserved in the royal library since 1592 at the request of Philip II. At least another thousand are dispersed through Europe and America, after a hazardous voyage of more than four centuries. Most of the autographs which comprise her major works have been reproduced in facsimile editions, published principally in Burgos.*

KEYWORDS: Teresa of Jesus, manuscripts, autographs, El Escorial, diffusion, adventures, Perelada, Vatican Secret Archives, editions.

En esta lección inicial de curso, me propongo hablaros de Santa Teresa y sus autógrafos. Pero antes, permitidme evocar un recuerdo escolar de mis remotos años de vida romana, allá en el último tercio del siglo.

Había ocurrido que con ocasión del octavo centenario de la catedral de Notre-Dame de París, el Presidente de la República Francesa, General De Gaulle, regaló a Pablo VI (recién elegido Papa) el manuscrito autógrafo de una carta de Santa Teresa de Ávila: eran cuatro páginas, sencillas pero preciosas, que habían pasado de mano en mano, siglo tras siglo, de Madrid a Lisboa, de Lisboa a Flandes en poder de la princesa Isabel Clara Eugenia, y finalmente habían terminado en la subasta de un hotel de París, adquiridas por la Biblioteca Nacional de París, finamente restauradas en su “atelier de restauration”, ahora entregadas a S. S. por el embajador de Francia ante la Santa Sede, Mr Brouillet en la iglesia de San Luis de los Franceses, y pronto destinadas por Pablo VI a los fondos del Archivo Secreto Vaticano.

El egregio donativo fue noticia en la RAI, en Radio-Vaticano, en la prensa, hasta en la calle y obviamente en mi clase del Teresianum. Uno de esos días, al terminar mi habitual lección sobre Santa Teresa, se me acerca una alumna, italiana, de mediana edad, y glosa mi comentario teresiano con un salida entre inocente y picaresca: *¡Lo que hubiéramos dado nosotros, los italianos, por tener unas páginas autógrafas de la Divina Comedia, siquiera un canto o unas estrofas de puño y letra de Dante!... y nada! Vosotros, los españoles, tenéis todo un tesoro de autógrafos de santa Teresa! ‘Non so se ve ne rendete conto!’*

Pues bien, retengo ahora esa improvisación de mi alumna italiana como título y tema de la presente lección. Os hablaré *del tesoro de los autógrafos teresianos y de sus aventuras a lo largo de cuatro siglos*. Pienso, efectivamente, que los manuscritos autógrafos de Santa Teresa son un verdadero tesoro de nuestro patrimonio nacional, y a la vez un fenómeno excepcional dentro de nuestra cultura clásica femenina. Un fenómeno quizás poco conocido o poco valorado, pero todo un tesoro. No en lingotes de oro ni papel de banco, sino en pobrísimo papel borrador, pero de hecho altamente cotizado en los dos niveles, el cultural y el económico... Y como veis, incluso a nivel político!

En mi exposición, esbozaré primero una panorámica de la presencia y difusión de los autógrafos teresianos en la actualidad. Luego, resumiré los avatares de su trayectoria histórica, primero en vida de la autora y sucesivamente en la travesía de los cuatro (casi cinco) siglos siguientes.

1. ANTE TODO, LOS AUTÓGRAFOS TERESIANOS HOY

Como sabéis, S. Teresa escribe los manuscritos de sus libros en Ávila, Toledo, Salamanca, Segovia..., pero sus últimas páginas, el último relato de sus fundaciones, lo compone aquí en Burgos, dos o tres meses antes de su muerte: páginas de formato folio, escritura humanística cursiva, trazos firmes, sin titubeos de palabra o de pluma, líneas ligeramente ascendentes..., optimistas. El de Burgos es el más copioso capítulo de su postrer libro: 24 páginas, escritas a los 67 años cumplidos. Una especie de legado simbólico para nuestra ciudad.

Todos sus escritos los hace ella en edad adulta, entre los 50 y los 67 de edad. De sus años anteriores, hoy se conserva sólo un billete de cinco líneas, con un recado casero al encargado del palomar de Gotarrendura: "*Señor Venegrilla..., hacedme merced de enviarme unos palominos!* – termina el recado. Era el 12 de agosto de 1546, y los pide obviamente para obsequiar a su pobre comunidad de la Encarnación en la fiesta de la Asunción.

De sus años juveniles no nos ha llegado nada, pero sí la certeza de que ya a los 15-16 de edad escribió una novelita de caballerías, para solaz del corro de amigas y amiguetes, obviamente destruida enseguida, para que no cayese en manos de su padre, Don Alonso, enemigo declarado de novelas y amadises (1).

Tengamos en cuenta, además, que las suyas son páginas escritas por una mujer, en un ambiente cultural en que –según los especialistas de la época– el porcentaje de mujeres analfabetas rebasaba el

(1) La composición de esa novelita juvenil queda atestiguada por el primer biógrafo de la Santa, Francisco de Ribera en *La vida de la Madre Teresa...* (Salamanca 1590), I, 5, p. 56: "... ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro de caballerías con sus aventuras y ficciones", pasaje anotado por el P. Gracián en su ejemplar de Ribera: "*ella mesma lo contó a mí*".

80% de la población femenina. Así en España, y otro tanto en el resto de Europa.

Pero ni en España ni en otra alguna de las naciones europeas se da el fenómeno de una mujer escritora tan afortunada como ella, hasta el punto de que sus manuscritos originales sobrevivan todavía hoy, cuatro siglos después. Me refiero a la exigua presencia de escritos autógrafos femeninos, por ejemplo en el medioevo alemán, inglés o sueco, o en el renacimiento italiano o francés o en nuestro siglo de oro. Precisamene en referencia a este último grupo, el español, la editorial Calambur, de Madrid, ha iniciado recientemente la publicación de una colección titulada: *Biblioteca de Autógrafos Españoles* (2008 y ss), y en el tomo I, entre los 56 autógrafos representativos de nuestro siglo XVI, Santa Teresa es la única mujer reportada (2). Ni siquiera una firma de Isabel la Católica! ni de nuestra burgalesa Luisa Sigea, ni de otras insignes *puellae doctae*, sus coetáneas.

Pues bien, contabilizadas y documentadas las páginas autógrafas de Teresa, existentes a la altura de nuestro siglo XXI, suman en total más de 3000, quizás, entre páginas completas y retazos sueltos, se aproximen a las 4000 páginas. Y se hallan difundidas por España, por media Europa y por gran parte de Hispanoamérica.

Puntualizo, sin aburrirlos con detalles estadísticos. Sólo un apunte, para esbozar el alcance de esa onda expansiva de los autógrafos teresianos.

Ante todo, un dato singular: se conservan íntegros los originales autógrafos de todas sus obras mayores. Como escritora, la Santa es una afortunada: en la Real Biblioteca del Escorial siguen autógrafos cuatro de sus libros: *Vida*, *Camino*, *Fundaciones* y el apúsculo *Modo de visitar los conventos*: en total, unas mil páginas.

Otros dos libros suyos, el *Castillo Interior* y una segunda redacción –también autógrafa– del *Camino de perfección*, se conservan en los Carmelos de Valladolid y de Sevilla, y suman otras 600 páginas autógrafas.

Pero Teresa no sólo escribe libros. También compone *poemas*, escribe *Relaciones íntimas*, un *Desafío* de sus monjas a los ermitaños

(2) Pablo Jauralde, *Biblioteca de autógrafos españoles: siglos XVI-XVII* (tomo I, Madrid 2008), n. 26 de la serie, p. 124-127. En el libro, la grafía de Santa Teresa de Jesús es analizada por Mercedes Sánchez Sánchez.

de Pastrana, una especie de torneo vuelto a lo divino entre caballeros de la pluma, titulado *Vejamen*, una serie de soliloquios en 17 *Exclamaciones* y, sobre todo, Teresa escribe *cartas*, una infinidad de cartas polifacéticas, de las que nos ha llegado sólo una mínima parcela, apenas medio millar. Algo así como un 5% de las que escribió.

Puntualicemos, en segundo lugar, el radio de difusión de estos autógrafos menores: un abanico que se extiende –como ya he notado– no sólo por España, sino más allá de nuestras fronteras. En sola España, existen páginas autógrafas de la Santa, al menos en 70 archivos, públicos o privados, de ciudades diversas. En solo Madrid hay autógrafos de la Santa en el Archivo H. Nacional, en la Biblioteca Nacional, en el Archivo del Palacio Real, en el Real Monasterio de la Encarnación, en el primer Carmelo madrileño y al menos en otros seis archivos privados.

Los hay en santuarios como el Pilar y la Seo de Zaragoza, o en las catedrales de Salamanca, Palencia, Valencia, Córdoba, Cádiz, Guadix y Las Palmas de Gran Canaria. Cerca de nosotros, en Valladolid –sólo por citar un dato relevante– se conserva casi todo el carteo de la Santa con su carmelita predilecta, la priora de Sevilla, un lote de medio centenar de cartas autógrafas, que a la vez que íntimas son noticieras de novedades de Las Indias que atracan con la armada en el puerto del Guadalquivir. En esas cartas, por ejemplo, se da la bienvenida a las *patatas*, exquisitas, recién llegadas del Perú: “*la suya recibí, y con ella las patatas y el pipote... Todo muy bueno!*” (3). De América le llega el anime y las especias y la tacamaca y el coco. Increíblemente exquisito este último, que en la calura del verano ella misma parte y reparte durante la recreación en el Carmelo de Toledo: “*Las hermanas se holgaron mucho con el coco, y yo también. ¡Bendito sea el que lo creó, que cierto es de ver!*” (4).

Aquí en nuestra ciudad, hay autógrafos teresianos en el Archivo Silveriano de los Carmelitas, en el convento de las carmelitas, en las Huelgas y al menos varias firmas suyas en la documentación del Archivo Municipal de Castilfalé, en el llamado “Libro de Santa

(3) Santa Teresa, *Cartas* (Burgos, Monte Carmelo 1997), carta 222, del 19 diciembre 1577. (En adelante, citaré las *Cartas* de la Santa por el correspondiente número de esta edición.)

(4) *Ib.* carta 202, 6.

Teresa” (5). Hay, además, aquí cerca una carta preciosa en las agustinas de Villadiego: es una carta escrita en el mesón de Villacastín, a medio viaje aventurero de Soria a Ávila, tras una mala jornada y una pésima noche en la posada de la Villa. Y la carta se lo cuenta a las carmelitas de Sevilla... (6).

Otras ciudades españolas con múltiples autógrafos teresianos son: Avila, Toledo, Sevilla, Pamplona, Zaragoza, Valencia, Barcelona..., pero los hay también en pequeñas poblaciones, como Consuegra (Toledo), Cuerva, Caravaca, Medina de Rioseco, Budia, Yepes..., y no sigo enumerando.

Europa adentro, más allá de nuestras fronteras, hay preciosos autógrafos de la Santa al menos en 9 naciones. Especialmente en Italia, Francia e Inglaterra. En Italia, por ejemplo, los hay en archivos de al menos catorce ciudades (Roma, Vaticano, Nápoles, Génova, Venecia, Bolonia, Parma, Caprarola, Antignano, Florencia, Loano, Treviso, Concesa, Massa Lubrense).

Pero los hay también en Austria, Bélgica, Polonia, en la República Checa y en Portugal. En Suiza, concretamente en Locarno, se custodia todavía hoy el precioso autógrafo del llamado ‘*éxtasis de Salamanca*’, cuando la joven Isabel de Jimena canta en recreación, la mañana de Pascua, el “*Véante mis ojos...!*”, y Teresa se traspone! Y tienen que llevarla en peso a la propia celda. (Podéis leerlo en la *Relación 15*, en que ella misma lo cuenta a su confesor jesuita en absoluta intimidad).

Por fin, los hay también allende el Océano, difundidos en toda Hispanoamérica: desde USA, Cuba y Méjico, hasta Ecuador, Perú, Chile, Argentina. En Puebla, por ejemplo, se conserva la primera de las *Relaciones* dirigidas al P. Gracián. Y en Quito, una de sus cartas postreras, enviada al sobrino Lorenzo, con motivos familiares muy especiales en la pluma de una mística..., porque Lorenzo había sido un pinta antes de regresar a Las Indias y Teresa no se lo oculta (7).

En ese montante de manuscritos originales está representada la variedad de la producción literaria teresiana: están presentes –como

(5) Cf. Tomás Álvarez, *El ‘Libro de Santa Teresa’ en Burgos*. En *Boletín de la Institución Fernán González*, 80 (2001) pp. 209-237.

(6) *Carta 405*, del 5 de septiembre 1581.

(7) *Carta 363*, del 27 de diciembre 1580, seguida de la *carta 427* (del 15 diciembre 1581), en que le reprocha: “*temprano ha comenzado a ser travieso*”, y le pide ayuda económica para la hija natural que le ha nacido en Ávila durante su viaje transatlántico.

ya he notado– todas sus obras mayores, sus *Relaciones* confidentiales, varios de sus *poemas*, la renovación de sus *votos* religiosos en el Carmelo Descalzo, dos centenares y medio de *cartas*, y una proliferación de *firmas* sueltas, recortadas de otros escritos suyos... (Y perdón por la monotonía de este recital sumarísimo: lo he retenido necesario para verificar el abanico de difusión de lo que he llamado *fenómeno cultural femenino* de los autógrafos teresianos.)

Esa pervivencia tan prolongada de unos papeles sumamente endeblés –que no pergaminos– en el fondo no tiene nada de extraño. La diferencia material entre los escritos originales de Teresa y los de Cervantes –por ejemplo– consiste en que ella es escritora pero no publicista. Cervantes, en cambio, apenas terminado el *Quijote* o *Rinconete* o el *Diálogo de los perros*, los entrega –el autógrafo o una buena copia caligráfica– al tipógrafo, que se los manosea y emborrona, casi los ultraja con sus manos entintadas y, concluida la impresión, los arroja al cesto de papeles inútiles, destinados a la hoguera.

En cambio, los escritos de Teresa, pasan directamente a las manos cariñosas de sus monjas, que les hacen de amanuenses improvisadas y los difunden en humildes manuscritos, o bien los guardan en la *arquilla* de papeles reservados en el Carmelo de Avila. En vida de la autora nunca llegan a las manos gruesas del tipógrafo (8). Y cuando, por fin, a los seis años de fenecida ella, pasan a las manos cultas de fray Luis de León, los manuscritos teresianos ya se han orlado con la aureola de reliquias venerables, casi intangibles, que azuzan nada menos que el apetito devocional del Rey Felipe II, como veremos enseguida.

Luego, su travesía de cuatro siglos será sumamente aventurera. Sólo de esa aventura quisiera informaros sumariamente.

2. AVENTURAS DE LOS AUTÓGRAFOS TERESIANOS EN LA TRAVESÍA DE CUATRO SIGLOS.

Os anticipo esquemáticamente el guión de esa larga trayectoria:

1º en vida de la autora, sus autógrafos pasan penosamente por el fielato de la Inquisición.

(8) Es cierto que hacia el año 1579 la Santa encomienda a Don Teutonio de Braganza la publicación del *Camino de Perfección*; pero no a base del propio autógrafo, sino de una copia ajena, que más tarde criticará y desechará fray Luis de León.

- 2º muerta ella, disfrutan una jornada de gloria en El Escorial.
- 3º con la llegada del barroco, les sobreviene un ciclón de saqueo devoto, realmente demoledor.
- 4º pero lo peor les ocurrirá en las guerras de los siglos XIX y XX, con grave riesgo de perderse en el extranjero.

En vida de la autora: primeros avatares de los autógrafos

En vida de la Santa, los autógrafos de sus libros no comparten vida pacífica. Todos ellos pasan por el control de la Inquisición o de algún letrado censor. Penosamente algunos. Otros con más o menos fortuna. Recordaré únicamente los episodios más notables.

El primer tropiezo serio le ocurre al primer libro que escribe Teresa, la *Vida*, su autobiografía, concluida en 1565 a los 50 de edad. Diez años después, una fémina famosa e intrigante –la Princesa de Éboli, D^a Ana de Mendoza– denuncia el libro a la Inquisición, y los inquisidores de la Suprema se apresuran a secuestrarlo: exigen al obispo de Ávila, Don Álvaro, la entrega inmediata del autógrafo. Y sin demora alguna el libro pasa a los antros inquisitoriales (9).

Era el año 1575. El cuaderno autógrafo de *Vida* queda requisado en Madrid, y a Teresa le llega la noticia en Andalucía, en el pueblecito de Beas (Jaén). Ella acata, pero no rinde armas. De regreso a Toledo, solicita inmediatamente una entrevista con el gran Inquisidor –el Cardenal Gaspar de Quiroga–. Pregunta por su libro. Quiere recuperarlo a toda costa, con el apoyo de un teólogo amigo, el P. Gracián. Pero en vano! El libro sigue encausado, en la prisión del tribunal. Se lo somete a la censura de dos letrados, uno de ellos Domingo Báñez, que imparte su visto bueno en las páginas finales del autó-

(9) El secuestro de *Vida* fue un episodio complejo: denunciado el libro hacia mediados de 1574 por la Princesa de Éboli, en enero de 1575 se exige su entrega por el tribunal de Madrid, el mes siguiente se reclama al obispo de Ávila, Don Álvaro de Mendoza, quien ante el tribunal se excusa del retraso en la entrega (“no ha podido ser antes porque también recibí tarde la carta de vuestras mercedes” dice a los inquisidores de Valladolid), y poco después lo notifica discretamente a la Santa, ocupada en la fundación de Beas (Jaén), la cual en carta del 11 de mayo siguiente a D. Álvaro se limita a hacer una velada y penosa alusión al episodio inquisitorial (carta 80,1). A finales de año (1575), ella misma será denunciada en Sevilla a la Inquisición por la beata andaluza María del Corro, y tendrá que rendir cuentas ante el asesor inquisitorial Rodrigo Álvarez (*Relaciones 4ª y 5ª*).

grafo. Dictamina: *Esta mujer, a lo que muestra su relación, aunque ella se engañase en algo, a lo menos no es engañadora*” (10).

Pero el libro seguirá secuestrado durante toda la vida de Teresa, hasta que, varios años después de muerta ella, una monja de armas tomar, la destinataria del *Cántico Espiritual*, Ana de Jesús (Lobera), se asocia en Madrid a la ex Emperatriz D^a María, y entre las dos rescatan del secuestro inquisitorial el manuscrito teresiano, e inmediatamente lo ponen en manos de fray Luis de León, que lo edita en Salamanca: 1588. (Teresa había muerto en 1582).

Su segundo libro. A los 50/51 años, Teresa escribe el *Camino de perfección* para la formación de las 12 pioneras de su primer Carmelo. Antes de que lo vean éstas, el autógrafo paga peaje: pasa por la manos de un censor amigo, el dominico García de Toledo, que lee sin tropiezo alguno los 10 primeros folios; pero de pronto topa con el famoso elogio de las mujeres, que contiene a su vez una punzante alusión a los jueces de la Inquisición, para quienes “*no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa*” (11). Y el censor se alarma, tacha esas dos páginas y muchas más en los capítulos siguientes, y niega su aprobación al libro. La autora tiene que escribirlo de nuevo íntegramente, y de nuevo soportar los tachones y cercenes del censor. Incluso tiene que arrancar de cuajo un capítulo entero, el que exponía el simbolismo del juego de ajedrez, para dar jaque mate al *Rey de la gloria* (12).

Y *tercero*: entre los libros teresianos hay uno menor, cuyo autógrafo no ha llegado hasta nosotros. Es su glosa libre al bíblico *Cantar de los Cantares*. Lo escribe hacia 1573, cuando está de priora en La Encarnación de Ávila, bajo la dirección espiritual de fray Juan de la Cruz. Precisamente, en coincidencia cronológica con la cárcel de fray Luis de León en Valladolid a causa de su traducción del poema bíblico. Años duros. *Aquí la envidia y mentira...*

(10) Dictamen central de Báñez en su voto aprobatorio de *Vida*, en julio de 1575 (cf. BMC II, 212).

(11) Primera redacción del *Camino de Perfección* (=‘*Camino E*’), folio 12r. Tacha profunda, actualmente legible al haber prevalecido la tinta de la autora sobre la del censor. Puede verse en la edición facsimilar del libro: Burgos, Monte Carmelo, 2010, tomo I, pp. 22-23, con la correspondiente versión paleográfica en el tomo II, p. 23.

(12) La Santa arrancará íntegramente los folios 59-63 del cuaderno (‘*Camino V*’) y los resumirá en uno nuevo (f. 59), de tercera redacción.

Ahí cerca, en Segovia, el dominico Diego de Yanguas se entera de que la M. Teresa –una mujer!– tiene la osadía de escribir y comentar el bíblico poema de amores; y le hace saber a la comentarista que “*no era decente que una mujer... declarase los Cantares*”. Y Teresa, incontinenti, arroja su manuscrito al fuego. Autógrafo perdido para siempre. De él nos llegarán sólo fragmentos, mal copiados por alguna de sus monjas y que fray Luis se cuidará bien de no editar –ni mencionar– entre las *Obras* de Teresa.

Corre mejor suerte el libro de *las Moradas*. La Santa lo termina en el momento más tormentoso de su tarea de fundadora. Ahí mismo, en Ávila, donde ella concluye el escrito, secuestran y llevan preso a su confesor, fray Juan de la Cruz. Y la Santa se apresura a poner en salvo su escrito. Lo envía a Sevilla, donde lo custodie la sagacísima priora María de San José. Y el manuscrito ya no volverá a Castilla.

Primera jornada póstuma y gloriosa

Como ya he notado, de la cárcel inquisitorial el libro de la *Vida* pasa al ámbito universitario de Salamanca, en manos de fray Luis de León. Y con ese autógrafo, llegan también al Maestro salmantino los otros manuscritos de la Santa: “*que no solamente –escribe fray Luis– he trabajado en verlos y examinarlos..., sino también en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos días, y reducirlos a su propia pureza en la misma manera que los dejó escritos de su mano la madre..., de que se habían apartado mucho los traslados que andaban, o por descuido de los escribientes, o por atrevimiento y error*” (13).

Era el año 1588, a los seis de muerte ella. Fray Luis los publica una y otra vez. Tres ediciones en dos años: dos en Salamanca; una en Barcelona. Todos, menos el de las *Fundaciones* y el fenecido y candente comentario a los *Cantares* bíblicos. Pero el propio fray Luis muere poco después en Madrigal: agosto de 1591.

De su escribanía, los autógrafos teresianos pasan por varias manos, hasta que les llega la hora de gloria. Se interesa por ellos el rey Felipe II, que en ese momento hace, por Europa, la redada de códices miniados con destino a la Biblioteca del Escorial. De códices minia-

(13) *Carta introductoria* de Fray Luis, en la edición príncipe de *Los Libros de la Madre Teresa...*, (Salamanca 1588) p. 11.

dos, no tienen nada los manuscritos teresianos, pero poseen ya la doble aureola de libros sapienciales y de reliquias venerables (14). Y con ese doble título llegan a la regia Biblioteca Escorialense, donde los acoge un antiguo amigo y confesor de la autora, Diego de Yepes, ahora encargado de la real Biblioteca y prior del Monasterio.

Es el año 1592. Ahí, en la Biblioteca Escorialense, los modestísimos papeles de la Santa se codean con los códices miniados de la Europa medieval y renacentista. Se les tributan honores máximos. Por orden regia se decide colocarlos en sede aparte. Se les prepara un camarín especial, donde serán escoltados por dos códices de sendos Doctores de la Iglesia: a la derecha, un supuesto autógrafo griego de S. Juan Crisóstomo –su *Evangeliarium*–, y a la izquierda, otro supuesto autógrafo latino de san Agustín –*De Baptismo Parvulorum*–. En medio de ellos, los cuatro modestísimos cuadernos castellanos de la monja abulense, ahora escoltada por un Doctor de la Iglesia oriental y otro de la Occidental, de los siglos IV y V respectivamente. Lo cuenta el bibliotecario escorialense, Diego de Yepes:

El rey don Felipe procuró luego los originales dellos y los mandó poner en su librería en San Lorenzo, en El Escorial. Y con tener allí muchos otros originales de santos de la Iglesia, a solos tres hizo particular reverencia, dando muestras de lo que los estimaba, que son los originales de san Agustín, san Juan Crisóstomo y los de nuestra Santa [aún no canonizada], haciéndolos poner dentro de la misma librería, debajo de una red de hierro, en un escritorio muy rico, cerrado continuamente con llave... (15).

Sólo que con el advenimiento de los estudios críticos, llega el chasco: resulta que ambos libros de escolta, de autógrafos no tenían nada; eran simples (aunque preciosas) copias medievales. Así que hubieron de abandonar el honorífico camarín y regresar a los respectivos anaqueles. En el camarín quedan sólo los autógrafos teresianos, que pronto pasan a una vitrina en la gran sala de exposiciones. Y ahí podéis leerlos todavía hoy, cuatro siglos después.

(14) Los libros de la Santa llegaron, probablemente, a noticia de Felipe II a través de su hermana, la ex Emperatriz María de Austria, a quien había sido dedicada en primera página la edición príncipe de fray Luis: “*A la Emperatriz nuestra Señora, el provincial y la Orden de los Carmelitas descalços*” (pág. inicial n. n.).

(15) Diego de Yepes, *Vida, virtudes y milagros de la Bienaventurada Virgen Teresa de Jesús...*, Zaragoza 1606, libro III, c.19. Texto de autoría dudosa. La obra entera, si bien publicada a nombre de Yepes, se debe muy probablemente a la pluma del carmelita Tomás de Jesús.

Nueva jornada: dos siglos de saqueo devoto

La eclosión del espíritu barroco va a ser determinante, casi fatídica, para el tesoro de los autógrafos teresianos, que pasan de ser documentos culturales a reliquias venerables, tan requeridas por la piedad popular como por los guardianes de los archivos y los exponentes de la cultura.

En ello influyen dos acontecimientos determinantes: la glorificación de Teresa por la Iglesia, que en 1614 y 1622 la eleva a los altares, y su proclamación como Patrona de España al lado de Santiago en 1617 y siguientes. Ocurren ambos sucesos en la segunda y tercera década del siglo XVII: ingentes celebraciones para festejar la beatificación-canonización, con intervenciones de Lope, Cervantes, Góngora..., y furibunda polémica entre santiaguistas y teresistas, ocasionada por el patronato, que supuestamente ponía a la monja Teresa –una mujer!– en competencia con Santiago: ahí las diatribas de Quevedo, de los obispos de Santiago y de Sevilla, y de los Caballeros santiaguistas, en contra de Teresa y en defensa del Apóstol (16).

Los dos acontecimientos tienen resonancia fortísima en la mentalidad popular, e incluso a otros niveles. Es difícil resumir en pocas palabras el huracán devoto que se desata sobre los autógrafos teresianos, dada el hambre de reliquias del hombre barroco. Baste un episodio simbólico, entre los varios ocurridos en El Escorial. Lo protagoniza un alto personaje de la corte regia, Francisco de Mora, arquitecto, “aposentador regio” de Felipe III, ‘ayudante, discípulo y continuador’ que había sido de Juan de Herrera en la obra del Escorial y ahora su sucesor. Le cedemos la palabra:

El año pasado de 1607, estando Su Majestad el rey don Felipe III y la reina doña Margarita su mujer el verano en San Lorenzo el Real, fueron a los primeros de agosto a la librería, y entre los de la librería que hay de mano escrita, estaban en un cajón guardados con un libro de propia mano de san Agustín, todas las obras que escribió de su mano la madre Teresa de Jesús, que el rey don Felipe II había mandado recoger... Y habiéndolos visto, mandó al bibliotecario que dejase fuera del cajón aquellos libros de la M. Teresa. Y, vueltos Sus

(16) Las proporciones de la polémica desencadenada por el contraste de los dos patronatos, el de la Santa y el de Santiago, puede verse en: Oscar Aparicio Ahedo, *Santa Teresa. Copatrona de España. Historia e historiografía de una polémica*, Burgos 2006.

Majestades a sus aposentos me mandó el rey ir de su parte... que se los llevase conmigo... (17).

Y el buen Mora sigue contando morosamente cómo cayó en la tentación de llevarse una reliquia –yo tenía grande ansia de tener siquiera dos letras de mano de esta Santa– (18), así que desembolsó su tijerita, cortó disimuladamente una línea del autógrafo de *Vida*, y se la guardó en su cartera. Sólo que luego, al enterarse de que quedaba automáticamente excomulgado quien hurtase o sacase cualquier papel de la Biblioteca, entra en graves escrúpulos de conciencia. Y por fin tiene que recurrir al confesor, un franciscano, a que lo saque del atolladero en que se ha metido.

Pero en el autógrafo del Escorial sigue todavía la cicatriz del ilustre arquitecto, en el margen inferior del folio 45! (19).

El relato de Mora es largo y moroso, pero es buen botón de muestra de la andanada de cercenes y tijeretazos que van a sufrir los autógrafos menores de la Santa, mucho más numerosos entonces y más asequibles que las páginas de sus libros.

Entre cartas, poemas y relaciones, la pluma de Teresa había dejado centenares de páginas sueltas, que ahora son materialmente saqueadas por la malaventurada piedad popular... y no popular. Abrevio. Me limito a tres o cuatro episodios más notables:

- Son numerosos los autógrafos de sus cartas reducidos a letras sueltas a golpe de tijera; se las deposita –letra a letra– en pequeños casilleros a modo de cajas de imprenta. Y con ellos se recomponen firmas de Teresa, o alguno de sus versos, o avisos y sentencias espirituales, incluso algunas de sus *Exclamaciones*. Luego se los coloca en un relicario de plata y se los lleva sobre el pecho a modo de amuletos o de escudos protectores. De esa suerte se destruyen centenares de cartas autógrafas, perdidas para siempre. (Son numerosos los relicarios existentes todavía hoy. Incluso en Italia. Uno, por ejemplo, aquí en el Archivo Silveriano de los carmelitas).

(17) El regio arquitecto F. de Mora lo refiere en su *Dicho* para la beatificación de la M. Teresa, publicado por Luis Cervera Vera, en *El arquitecto Francisco de Mora y Santa Teresa*, Madrid 1990, p. 55. El *Dicho* de Mora está fechado en marzo de 1610.

(18) *Ib*, p. 56.

(19) Puede verse en mi edición facsimilar de *Vida* (Burgos 1999), anotado en el vol. II, p. 92 nota. En la citada monografía de L. Cervera (cf. supra, nota 17) se reproduce fotográficamente el folio teresiano mutilado por Mora, p. 31-32.

- Se pierde igualmente el cuadernillo en que –a cuanto parece– la Santa repertoriaba sus poesías y villancicos, especialmente los festivos. Muerta ella, el cuadernillo es llevado a Flandes por su enfermera, la encantadora Ana de san Bartolomé, que allí lo trocea y lo reparte en versos sueltos, por los carmelos de Italia y Centroeuropa. Recientemente he tenido la suerte de recuperar varios de ellos –hojas enteras o pequeños retazos– en los Carmelos de Antignano y de Loano, en el centro y el norte de Italia, entre ellos los dos únicos villancicos que poseemos de letra de la Santa: el uno dimidiado “*¡Ah, pastores que veláis / por guardar vuestro rebaño...*”. El otro, también dimidiado, es ya un diálogo entre pastores: “*Hoy nos viene a redimir / un zagal nuestro pariente. /- Gil, ¿que es Dios omnipotente!*”. Y le va replicando, una y otra vez, otro pastor, por nombre Llorente (20).
- Se cae en la tentación de las falsificaciones. Imitando su grafía, se escriben y publican cartas enteras a obispos y personajes. Se calcan sus 67 pseudoavisos a las Descalzas. Y el más rumoroso de todos: se compone un docto comentario teresiano al *Padre-nuestro*, que pasa a formar parte de sus obras, al ser lanzado al público nada menos que por la imprenta Plantiniana de Amberes, reeditado inmediatamente en Zaragoza y Valencia. E igualmente se hace célebre la carta-espuria, en que ella misma contaría –muy ñoñamente, por cierto!– la audiencia que le concede Felipe II: su encuentro tú-a-tú con el Rey.
- Este último dato –el carteo de Teresa con Felipe II– puede servirnos de caso modélico. Al rey Don Felipe, Teresa le había escrito en diversas ocasiones unas siete u ocho cartas, de las que han llegado hasta nosotros sólo cuatro misivas. Perdidos los autógrafos de varias de éstas, autógrafas nos quedan solas dos. Una de ellas se conserva en Jerez de la Frontera; la otra se conservó hasta recientemente en el pueblecito toledano de Yepes. Ninguna –notémoslo– en el palacio real o en los archivos regioes de Madrid. En el palacio real se guarda, en cambio, el autógrafo de una carta teresiana a la priora de Sevilla. Pero lo más sorprendente de este carteo regio de Teresa es que mucho antes de que se publicara su epistolario (Zaragoza, 1658), se difundió

(20) He publicado esos villancicos, con reproducción de sus respectivos autógrafos, en la revista *Teresianum* de los años 1970 (pp. 409-414) y 1973 (pp. 414-423).

una carta suya apócrifa, pero semiautógrafa, en que contaba ella su encuentro personal con el rey don Felipe, la “mirada feridora” de éste, y finalmente su pliegue a los requerimientos de la Fundadora: pues bien esa falsa carta sigue presente, citada o alegada todavía hoy, por ejemplo, en el *Antonio Pérez* de Marañón, en el *Felipe II* de H. Kamen, en egregias colecciones de Historia de España, incluso reproducida fotográficamente en el *Boletín de la R. A. de la H.* (21). Y lo más truculento ocurre cuando el falso episodio llega a las tablas del teatro. Sucede en París a principio del siglo XX, con la representación del drama *La Vierge d’Avila* de Catulle Mendès, que escenifica ampulosamente el encuentro de la Santa con el rey en el palacio del Escorial (22).

- Y cito ya sólo el último desmán: todavía a principios del siglo pasado, un académico de la Historia, el célebre Marqués de Piedras Albas, don Bernardino Melgar y Abreu, cae en la trampa de los falsificadores o mercaderes devotos y en el *Boletín de la R. Academia de la H.* (1915) publica, como autógrafas, un lote de 13 cartas pseudoteresianas, con sus respectivas fotografías, es decir, con todos los honores literarios y contextuales, que bien pronto son desenmascaradas por un burgalés, el editor crítico de la Santa, P. Silverio de santa Teresa(23).

Por fin, el crisol de la guerra

Los episodios más aventureros ocurren a los autógrafos ya en los siglos XIX y XX. En el clima frenético de la guerra.

En el siglo XIX, hacia 1810/11, es Napoleón Bonaparte quien solicita de su hermano José, el rey intruso, el envío a París de alguna joya de lucimiento artístico o cultural. Y desde Madrid se da la orden de envío, no sólo de alguna pieza de arte, sino que del Escorial sale, entre otros, el autógrafo del *Libro de la Vida*, rumbo a Madrid, con destino París. Sólo que afortunadamente, a medio camino, ahí en

(21) Todo ello lo he documentado extensamente en mi ensayo sobre *Santa Teresa y Felipe II: entre la historia y la leyenda*. En la revista burgalesa *Monte Carmelo* 107 (1999) 257-267.

(22) Cf. Tomás Álvarez, *Teresa a contraluz* (Burgos 2004) pp. 65-90, en que se analiza el drama de Catulle y su representación en el teatro de París.

(23) Cf. Silverio de Santa Teresa, *Colección epistolar del Marqués de S. Juan de Piedras Albas*. En la BMC, IX, pp.253-273.

Madrid, interviene una mano sagaz, que desvía el curso del autógrafa y lo esconde en una de las capillas de la iglesia de la Trinidad, donde lo sepulta bajo una montaña de papeles y libros viejos. De suerte que el autógrafa de *Vida* ya no reanuda viaje. Al terminar la francesada, regresa pacíficamente a su estuche del Escorial. Lo sabemos por una carta del Bibliotecario escurialense al célebre Bolandista belga, P. J. Vandermoere, que da fe del hecho en su grueso volumen de las *Acta Sanctae Teresiae* (24).

Mucho más fatídico es el terrible percance sufrido por los autógrafos teresianos a mediados del siglo XX, en la triste hora de nuestra guerra civil. Corrieron un sinfín de aventuras –o desventuras– los manuscritos dispersos por toda España. Pero el percance más grave y a la vez más afortunado lo sufrieron los 4 libros de la Santa custodiados en El Escorial.

En atención a la gravedad del episodio, y a pesar de comportar un recuerdo tan desagradable, me siento obligado a detallárollo. Fue en *julio/agosto* de 1936: al adensarse el clima de guerra, cesa de Bibliotecario del Escorial el célebre P. Julián Zarco, sacrificado en Paracuellos, y la responsabilidad de la Biblioteca pasa a manos laicas. En ese momento, los autógrafos de la Santa seguían exhibiéndose en una vitrina de la gran sala de exposiciones.

Pocos meses después –*noviembre* del 36–, ante los intermitentes bombardeos de Madrid por las tropas franquistas, con grave riesgo para el Museo del Prado, se decide el traslado del tesoro artístico nacional a la ciudad de Valencia. Ahí va, juntamente con las joyas del Prado, un lote de libros preciosos de El Escorial, y entre ellos, los cuatro autógrafos teresianos: *Vida, Camino, Fundaciones y Modo...*

Dos años después (1938), ante el acoso de las armas y el peligro de los bombardeos aéreos, todo el tesoro artístico y cultural es trasladado de Valencia a Barcelona. Los autógrafos de la Santa esquivan afortunadamente los estampidos de la terrible batalla del Ebro, y se alojan temporalmente en la ciudad condal, de donde salen, el 22 de enero de 1939, para escondite más seguro en las estribaciones de los Pireneos catalanes: la mayor parte del tesoro es puesta a buen seguro en la mina de talco de La Vajol, a cien metros de profundidad, y en el castillo de Perelada, ya en los Pireneos gerundenses.

(24) Cf. *Acta Sanctae Teresiae a Iesu, commentario et observationibus illustrata a Iosepho Vandermoere* (Bolandista). Bruselas 1845, p. 334.

A los cuatro autógrafos teresianos les cabe en suerte este segundo refugio de Perelada, muy cerca ya de la frontera, esquivando de nuevo los peligrosos bombardeos de la germana legión Cóndor.

A finales de enero de 1939, Manuel Azaña se detiene unos días ahí, en el Castillo de Perelada, juntamte con J. Negrín, y se imparte la orden de pasar inmediatamente todo el tesoro artístico más allá de la frontera, rumbo a Perpiñán, último destino Ginebra. Cito textualmente:

“A principios de febrero de 1939, en 71 camiones, precipitadamente cargados por las fuerzas republicanas, salía de España por la frontera francesa lo más granado del patrimonio artístico español... Allí viajaban en apretada compañía los velázquez, los goyas y los grecos del Prado, las más importantes obras de la Real Academia de San Fernando, de El Escorial, del Palacio Real, del palacio de Liria y de tantos otros museos, colecciones e iglesias. Se trata sin duda alguna de una de las aventuras más sorprendentes que pueden imaginarse y, a la vez, de una historia que sigue siendo prácticamente desconocida... (25).

En síntesis: el tesoro artístico español se pone en marcha, rumbo a Ginebra. De Perelada y La Vajol salen, el 5 de febrero, 22 camiones; el día 8, otros 26 camiones salen de Agullana, Darnius y Perelada; y todavía el día 9 los últimos 16 camiones. Al llegar a Ginebra, el colosal tesoro artístico es consignado a las Naciones Unidas. En junio de ese año se hace de ellos una fastuosa exposición, de resonancia internacional, en el Palacio de Exposiciones de Ginebra. Y, afortunadamente, en septiembre (el 5.9.1939), cuando ya ha estallado la guerra mundial –antes de que Francia cerrase sus fronteras–, un tren especial reporta a España el inmenso tesoro, que llega a Madrid cuatro días después (9.9.1939).

Y ¿los autógrafos de la Santa? Pues bien, tuvieron suerte incierta. No llegaron a Ginebra. Ni pasaron la frontera. Quizás no llegasen a salir del castillo de Perelada, que en esos últimos días fue parcialmente dinamitado y saqueado.

Uno de los últimos camiones, cargado ya para el éxodo ahí, en Perelada, fue bloqueado por el ejército de Franco, a 200 metros de la frontera de Le Perthus. Y en el castillo mismo –cito textualmente–

(25) Cf. Arturo Colorado Catellary, *Éxodo y exilio del arte: la odisea del Museo del Prado durante la guerra civil*. Madrid 2008, con amplia documentación sobre este postrer episodio del trienio 1936-1939.

‘quedaba todavía una cantidad de obras, que los agentes del Servicio de Recuperación franquista encontraron amontonadas’ (26). Pues bien, en uno de esos dos contingentes –o en el camión interceptado o en el sótano del castillo– se salvaron probablemente los autógrafos teresianos. Era hacia el 10 de febrero de 1939.

Poco después –ignoro la fecha exacta– los humildes, pero preciosos, papeles teresianos regresaban a su estuche de El Escorial. De ello da fe una modestísima etiqueta, adosada a las guardas anteriores de cada uno de los cuatro autógrafos de la Santa. En esa etiqueta se lee, todavía hoy, algo así como el certificado de su regreso a casa. Dice así:

*Junta Central
del
Tesoro Artístico
Depósito de
Perelada
Procedencia
Escorial (F.)
Nº de la procedencia
E. nº ...*

En esa línea final de la etiqueta, el nº 52 corresponde a las *Fundaciones*, el 53 al *Camino de perfección*, el 54 a *Modo de visitar*, y finalmente a *Vida* el nº 55. Tras el destierro de tres años, los cuatro libros volvían a casa sanos y salvos. Con buena salud todavía hoy, recientemente restaurados por iniciativa y esmero del Bibliotecario escorialense.

* * *

Y concluyo con un episodio más halagüeño. Netamente burgalés. Aquí, en Burgos, la editorial Monte Carmelo ha reproducido en edición fotostática, uno a uno, los cuatro autógrafos mayores de la Santa: en 1999, el autógrafo del *Libro de la Vida*; en 2003 el *Libro de las Fundaciones*; el *Camino de Perfección* en 2010; y en el presente año 2011, el autógrafo del *Castillo Interior*.

Gracias a ello, nuestra editorial burgalesa ha puesto a salvo definitivamente, si no el facsímil, sí al menos la perfecta imagen gráfica de los autógrafos teresianos, salvándolos para la posteridad.

(26) *Ib.* p. 202.